

destinado á las ejecuciones susodichas, la Plazuela de Mixcalco, lugar triste y apartado, ocupó su lugar: allí estableció la muerte su lúgubre morada, y allí terminó su vida el patriota Nicolás Romero, la mañana del 18 de Marzo, en compañía del Comandante Higinio Alvarez, jefe de los exploradores de la misma Brigada, del subteniente Encarnación Rojas y del sargento Roque Pérez, que había sido mariscal de un escuadrón de ésta.

Murieron serenos y tranquilos como individuos que supieron cumplir su deber, legando á sus compatriotas un ejemplo digno de imitación y del más sincero y entusiasta encomio.

Acerca de este suceso que mucho llamó la atención, decía "La Sombra," de 21 de Marzo de 1865:

"D. Nicolás Romero.—Sentenciado á muerte por la Corte Marcial que lo juzgó, ha sido pasado por las armas.

"Después de la sentencia, no se le dejaron más que algunas horas de vida: la ejecución fué muy violenta.

"No sabemos á qué atribuir esa precipitación.

"Dícese que en los momentos de recibir la muerte no desdijo de sus antecedentes, que eran los de un hombre de valor.

"Ni aun en los debates se ocultó que Romero tenía simpatías.

"La historia, último tribunal donde comparécen los hombres públicos, lo juzgará á su vez.

"¡Que la tierra le sea leve!"

La Estafeta, diario escrito en francés y subvencionado por el invasor, se expresó así:

"Romero ha muerto fríamente y sin doblegarse, con cuatro de sus compañeros; los otros siete condenados á la pena capital han obtenido indulto.

"Después de haber oído sin turbarse la sentencia pronunciada contra él, entra en su prisión, rehusa los auxilios espirituales que le fueron ofrecidos, y cede al sueño. Llegado al lugar de la ejecución avanza con paso seguro, mira á la muerte de frente y cae."

El suplicio del valiente republicano hizo que la prensa pequeña, pero liberal, que existía en la ciudad de México, hablara en tono un poco alto en contra de las Cortes Marciales: llamados entonces los periodistas disidentes á la presencia del Coronel, jefe del Gabinete del Mariscal Bazaine, se les hizo un serio extrañamiento, advirtiéndoles,

que estando todavía vigente el decreto sobre declaración de estado de guerra, también ellos debían ser juzgados por los referidos tribunales.

Fueron en seguida reducidos á prisión; se les instruyó el juicio correspondiente, y sólo obtuvieron su libertad después de haber sufrido la pena que se les quiso aplicar.

Estos atentados unidos á los que llevamos referidos, y á los demás de que aún nos resta que hablar, dan una idea de la situación tristísima á que se hallaba reducida la República durante la nefanda dominación extranjera.

Después del fusilamiento de Romero, y de la pérdida de Oaxaca, el viento de la desgracia siguió azotando las banderas de la República, cuyos buenos hijos arrostrando toda clase de sacrificios, se mantenían indómitos y erguidos en presencia del enemigo extranjero y sus odiosos auxiliares.

A los males que dejamos expuestos, había que agregar los siguientes:

Derrotado Arteaga en Jiquilpan, lo fué en Zapotlán, á principio de Febrero, el General Echeagaray, que se retiró del campo de la lucha sin reconocer al Imperio ni contraer compromiso alguno que lo ligase con éste, dirigiéndose para el efecto al General imperialista Oronoz, que mandaba en Colima; Carlos Salazar expedicionaba apenas por los pueblos de las fronteras de los Estados de Jalisco y Michoacán; Pueblita, el incansable guerrillero, de tanta nombradía en el rumbo, descansaba con su brigada en el pueblo de Churumuco, en la orilla del río de las Balsas, y el resto del ejército republicano reducido á unos cuantos centenares de hombres, se escalonaba entre Huetaamo y Tuzantla, ¡pero en qué situación!

"Faltos de parque, desnudos, con todo el armamento descompuesto por la acción del clima y por el mucho uso; sin maestranzas, sin de-

1 He aquí la nota relativa:

"Ejército republicano del Centro.—General segundo en Jefe.—Siéndome de todo punto imposible continuar la guerra, por razones que me justificarán siempre ante mis conciudadanos, de acuerdo los principales jefes de estas fuerzas, hemos dispuesto deponer las armas y disolvernos, retirándonos á nuestros hogares.

"Lo que tengo el honor de decir á Ud. mismo, según se demuestra en su carta oficial de fecha 7, esperando para hacerlo la contestación de Ud.—Independencia y Libertad.—Tecatitlán, Febrero 8 de 1865.—Miguel M. Echeagaray.—Sr. General Don Carlos Oronoz."

pósitos, sin artillería; no recibiendo más sueldo que un pedazo de carne y algunas tortillas de maíz con que se hacía contribuir á los pueblos, los soldados republicanos haciendo la guerra sin descanso y sin elementos, en un clima tan mortífero, eran más bien mártires resignados al sacrificio, que guerreros alentados por la esperanza del triunfo.

“Casi todos aquellos hombres estaban pálidos y enfermizos; casi todos los días de los pobres cuarteles se sacaban cadáveres de soldados, espantosamente flacos que morían de miseria.

“En las marchas, pudiera seguirse su camino por los cadáveres de hombres y de animales que morían de hambre, de sed ó de fatiga.

“Pero en aquellos países desiertos, cuando aquella columna en marcha caminaba así para dar un asalto ó evitar una sorpresa, y la muerte arrebatava algún soldado, algún oficial ó algún jefe, no podía dársele sepultura, porque ni había tiempo ni instrumentos con que cavar una fosa; no se podía tampoco dejar abandonado el cadáver para que sirviese de pasto al lobo ó al puerco espín, y los compañeros con las lágrimas en los ojos, amarraban aquel cuerpo con sus propios harapos, al brazo de algún árbol, y le cubrían con hojas secas, para evitar que las aves carnívoras vinieran á saciarse en sus restos.

“Y la columna seguía avanzando. Estos eran los últimos honores, éste el mausoleo de aquellos mártires desconocidos, cuyo nombre no pasará á la posteridad, y cuyos huesos, blanqueados por las tempestades de la selva, yacen entre la hojarasca seca de los desiertos bosques del Sur de Michoacán.

“Los franceses y las fuerzas del Imperio lo invadían todo, y todos los pueblos que forman la entrada de la Tierra Caliente, desde el Estado de México hasta el de Jalisco, estaban ocupadas por fuertes guarniciones; de manera que los restos del ejército republicano estaban cercados por todas partes y reducidos al Departamento de Huetamo, pobre y esquilado, como centro de operaciones.

“Cuando una columna salía de allí con objeto de procurarse recursos ú hostilizar al enemigo, puede decirse que se arrojaba en medio de un océano de peligros: apenas se sabía su aproximación, apenas atravesaba las fronteras del enemigo, cuando todas las guarniciones imperiales ó francesas se ponían en movimiento, y las guardias civiles, le-

vantadas y sostenidas por los hacendados ricos, enemigos todos de la libertad y la República, salían de su natural apatía.

“Comenzaba entonces una especie de batida de fieras sobre aquella columna de mexicanos, que unas veces volvía llena de orgullo á su cuartel general, burlando el encarnizamiento de sus enemigos, y otras se dispersaba, dejando á sus jefes en los cadalsos que se levantaban por los invasores en el mismo lugar donde eran tomados prisioneros.

“En aquella campaña no había distinciones entre el día y la noche, no había hora destinada para el descanso ni para la comida. Se hacía alto cuando se conseguía un pequeño triunfo, cuando se lograba, ya por la buena dirección de un guía, ya por la astucia de un jefe, ganar algunas horas de ventaja al enemigo. Entonces el soldado podía dormir un momento pero sin soltar el arma de las manos, sin descargar las pocas mulas que llevaba la columna, sin desembridar siquiera los caballos.

“Siempre el enemigo al alcance; siempre tiroteando á la retaguardia, siempre nuevas columnas, procurando salir por los flancos ó por la vanguardia.

“¡Ay del soldado ó del oficial que, rendido por el hambre, por la fatiga ó por el sueño, se desviara de la columna! ¡Ay del que se extraviara entre las sombras de la noche! Era casi seguro que caía en manos de los enemigos; era seguro que en ese mismo lugar encontraría la muerte; y colgado del cuello en una viga ó en la rama de un árbol, podrían contemplarle los viajeros dos horas después de haber sido hecho prisionero.

“Así, compacta, sin separarse, sin descansar, como si fuera un solo hombre, y como si este hombre fuese de hierro, aquella pequeña columna expedicionaria avanzaba, retrocedía, atacaba, se defendía, se ocultaba, volvía á aparecer; y siempre en actividad, y siempre llena de fe, y siempre poniendo en alarma, vencedora ó vencida, á fuerzas superiores á ella.

“México agonizaba, pero como los gladiadores romanos, habría caído á la hora de su muerte en una postura tan noble y en una actitud tan digna, como la de una estatua griega.

“Apenas los republicanos, de los cañones de los órganos de alguna iglesia, de los tubos de cañería de las haciendas de caña, de las letras de alguna imprenta, ó de la montura de un alambique de aguardien-

te, lograban reunir alguna cantidad de plomo, y fabricar cinco ó seis cajas de parque, obteniendo la pólvora á costa de mil sacrificios, y buscando el salitre para elaborarla en las cavernas de las montañas, cuando inmediatamente se disponían y se efectuaba una expedición.....

“Y una división quedaba destruída en una batalla, y un mes después el mismo jefe entraba al combate con otra nueva división, que había brotado como la hierba de nuestros prados, después que un incendio pasa sus lenguas de fuego sobre la tierra.

“Y la nueva división se desvanecía, tal vez como el humo, al primer combate; pero el desaliento no arraigaba en los corazones, y nuevos soldados venían á agruparse en derredor de la bandera, y nuevas luchas, nuevos sacrificios volvían á enriquecer la historia de México, y á convencer á Napoleón, y á Maximiliano, y á la Francia y al mundo, de que un pueblo que así luchaba por su Independencia, era un pueblo invencible, era un pueblo digno de ser libre.”¹

Por el Estado de Veracruz, rugía también la tormenta.

Además del feroz Dupin, de cuyo manejo incalificable hemos dado ya cuenta, quedó allí como su digno sustituto, fungiendo como Comandante de la plaza de Veracruz, y jefe de la legión extranjera, el Coronel francés M. Maréchal.

Una vez abandonado el puerto de Alvarado por los republicanos,

1 De una interesante relación publicada por el patriota General Don Vicente Riva Palacio en su preciosa obra intitulada “Calvario y Tabor,” copiamos los párrafos transcritos que anteceden, y para llenar completamente nuestro cometido, creemos oportuno agregar lo siguiente, que extractamos de la misma obra, y que viene á dar el último toque al cuadro interesante y conmovedor anteriormente descrito.

Ocupada por franceses y belgas la población de Tacámbaro, la columna republicana que la ocupaba, tomó el camino de la hacienda de Puruarán, donde con una pequeña fuerza se quedó el General Arteaga, que no pudo caminar más por la gravedad de sus heridas, continuando el resto rumbo á Uruapan: el primer día de camino, la tropa tuvo que pasar por un lugar que llaman la “Cuesta del Tigre,” donde abunda un arbusto que produce una fruta silvestre, semejante en todo á la uva; y aquellos hombres muertos de cansancio y devorados por el hambre y la sed, se abalanzaron á comer de dicha fruta que resultó ser un activo veneno.

Más de tres mil personas saborearon ese fruto pernicioso, y como á las dos horas de haberlo verificado, los hombres caían por todas partes, como espigas de trigo que siega el aquilón, lanzando gritos estridentes, horrorosos, revolcándose por el suelo, en medio de los tormentos más espantosos, arrojando sangre revuelta con una espuma fétida.

Aquellos rostros azulados, cubiertos de un sudor helado, ofrecían un aspecto horripilan-

éstos se retiraron á Tlacotalpam, adonde no tardó en dirigirse una expedición al mando de un suizo apellidado Slaicklin,¹ antiguo servidor de la República, acabado de venderse por un puñado de oro al ejército francés, después de haber sido rechazadas con desprecio sus ofertas por el General Prim. Tlacotalpam fué ocupado por los soldados de este bandolero, retirándose una parte de los liberales hacia la ribera izquierda del Papaloápam y el resto á la hacienda de San Gerónimo, en donde quedó establecido el Cuartel General.

Pasados algunos días, los invasores emprendieron la campaña hacia el interior de la costa de Sotavento, siendo la parte principal de ese proyecto, dirigirse por tierra á Cosamaloápam, desde donde marcharían al Cantón de los Tuxtlas; por tal motivo, y como operación preliminar, resolvieron atravesar el caudaloso río del Papaloápam, por el paso del “Mediadero,” la mañana del 12 de Diciembre de 1862, en combinación con otra fuerza que debía expedicionar por el rumbo de Minatitlán.

El Coronel Lazcano, patriota entendido y valiente, que prestó importantes servicios á la causa nacional en la época luctuosa que estamos describiendo, mandaba en jefe la línea susodicha, y en esa virtud, dió sus instrucciones al teniente coronel Zamudio para organizar la defensa, que quedó arreglada desde luego en términos satisfactorios, siendo el resultado inmediato un brillante triunfo, como lo veremos en seguida.

te que los accesos repetidos hacían más imponente, por los dolores que causaba á los infelices enfermos, á quienes ningún auxilio podía impartirse en aquella soledad.

El pánico más horrendo, la confusión más desastrosa reinaban en el campamento republicano: allí no había ni centinelas, ni guardias ni nada; los caballos agujoneados por la necesidad, se desbandaron en busca de alimento, rompiendo contra los árboles los arneses de montar, arrastrando las lanzas y haciendo estallar las armas que nadie había podido quitarles, al echarse en tierra. Aquel cuadro de luto y desolación supera á cuanto la mente pueda concebir de más lúgubre y desgarrador: la noche la pasaron los pacientes entre la vida y la muerte: muchos sucumbieron, pero también muchos se salvaron; “y cuando el sol del día siguiente alumbró, los muertos estaban depositados en una galera de fundición, y los que habían escapado, pálidos y vacilantes, formaban en sus cuerpos respectivos en el llano sembrado de flores, donde se levanta la ranchería de Urapita.”

Cuando los imperiales llegaron al lugar de la catástrofe, encontraron sólo cadáveres, y unos cuantos enfermos á quienes sobre la marcha determinaron fusilar en Ario.”

1 Este aventurero sin moralidad y sin principios, y que tanto daño causó en diferentes puntos del Estado de Veracruz, fué muerto en un combate verificado en Jáltipam, en Agosto de 1863.